

Maxime Chevalier, *Quevedo y su tiempo: la agudeza verbal*, Barcelona, Crítica, 1992, 266 pp.

Maxime Chevalier ha abordado en su larga carrera distintas facetas de la literatura hispánica, distinguiéndose como uno de los grandes especialistas sobre el Siglo de Oro español. La obra que en estos momentos nos ocupa supone un imprescindible punto de referencia a la hora de analizar un rasgo literario que caracteriza a muchos de los autores áureos: la agudeza verbal.

El objetivo de este estudio, como señala su autor en la introducción, no pretende definir una de las literaturas de Quevedo, tampoco la agudeza verbal, menos aún el conceptismo. Su propósito —sigue diciendo el profesor Chevalier— es «estudiar el origen, apogeo y ocaso de unas formas de la agudeza verbal» (p. 9). Este camino, que el hispanista francés se ha marcado en estas páginas iniciales, lo recorre apoyado por una amplísima documentación de fuentes y testimonios a lo largo de veintidós capítulos, los cuales podríamos reunir en tres grupos: uno primero en el que el origen de la agudeza verbal se revela como protagonista, un segundo centrado en el apogeo de ésta —coincidiendo con el periodo de creación literaria de Quevedo— y uno último, dedicado al momento decadente de la agudeza verbal.

Remonta el origen de la agudeza verbal a la práctica por parte de caballeros y cortesanos a «relatar con gracia» cuentos, fábulas, etc., tipos de relatos que pueden englobarse en dos categorías fundamentales: los de procedencia erudita o escrita, y los de procedencia oral, documentados con testimonios conservados del siglo XVI. Tras haber establecido el gusto por el contar, el profesor Chevalier se centra en el motejar y las figuras del motejar, de gran interés, ya que examina minuciosamente cómo funcionan y cuáles fueron sus procedimientos, marcando como los predilectos el apodo y el equívoco. El primero de ambos ampliamente utilizado en la caricatura, tal como nos hace ver en los numerosos ejemplos extraídos de cancioneros, colecciones de dichos agudos y tratados de la vida de corte.

No menos interesantes resultan las siguientes páginas en las que varios géneros jocosos —clasificados en paródicos, acumulativos, «el retrato del monstruo» y «dos en busca de definición» (en concreto la carta jocosa y la poesía germanesca)— son ubicados entre la época de Enrique IV y el reinado de Felipe II y años más tarde empleados por Quevedo en obras como el *Cuento de cuentos*, *La hora de todos* o el «Testamento de don Quijote», entre otras. Sólo uno de los juguetes del ingenio rehúye Quevedo: el inventario heteróclito, lo que, según Maxime Chevalier, «no deja de tener significación: se podrá calificar

de esperpéntica la literatura quevediana, pero no es literatura que excluye lo irracional» (p. 133).

La caricatura en la obra de Quevedo también es sometida a un profundo análisis, siendo el apodo, el equívoco, y en ocasiones ambos a la vez, los instrumentos empleados preferentemente, aunque decantándose de forma progresiva por el apodo y acrecentando su uso, tal como se observa en algunos de los textos escogidos por el autor de este estudio, que considera que en este recurrente empleo del apodo radica una «forma conceptista original» (p. 137).

Los distintos procedimientos de agudeza verbal empleados por el autor de *El Buscón* no son nuevos, anteriormente ya habían sido explorados y manejados con gran habilidad. Chevalier se detiene en las fuentes de cada uno de ellos, realizando un trabajo de taracea que no pretende menoscabar la originalidad creadora de Quevedo (p. 142), establece los puntos en común que hay tanto en su poesía como en su prosa con la tradición anterior, apuntando en cada caso cómo enriquece, ensancha y renueva muchos de los procedimientos mencionados y cómo abre una nueva posibilidad con las cartas entre jaques y marcas.

Con Quevedo, por lo tanto, la agudeza verbal es practicada profusamente, convirtiéndose nuestro autor en uno de sus más diestros cultivadores, hecho que no pasó desapercibido entre sus coetáneos y componentes de la generación literaria inmediatamente posterior a él.

Maxime Chevalier se adentra en esta cuestión, a la cual dedica varios capítulos, comenzando por Baltasar Gracián y poniendo de manifiesto cómo el recuerdo de *El Buscón* en *El Criticón* está latente, a pesar de haber obviado su obra más veces de las esperadas en la *Agudeza y Arte de Ingenio*, en concreto sus textos poéticos.

En tres capítulos sucesivos, todos ellos con el título de «Varia fortuna de Quevedo», Chevalier sigue la impronta de Quevedo en la poesía, la prosa y el teatro, destacando a Lope de Vega como uno de los deudores de la agudeza quevediana, más en la poesía (*Rimas de Tomé de Burguillos*) que en el teatro, aunque también en este último género se aprecien algunas coincidencias entre ambos autores, unas claramente de procedencia quevediana y otras previas a la obra del autor de los *Sueños*.

En el rápido cotejo de los textos teatrales queda patente cómo otro de los grandes dramaturgos del Siglo de Oro, Tirso de Molina, en ocasiones, se deja influir por Quevedo, mientras que la obra de Calderón, sin huir de ciertos procedimientos como el neologismo jocoso, rechaza los términos de germanía, algo más habituales en Lope aunque sin llegar a ser constantes. En el caso de la narración en prosa, es *El Buscón* la obra que preferentemente atrae la atención

del profesor Chevalier y de la que ofrece un punto de vista distinto y de gran importancia en torno a la herencia que recibe del *Guzmán de Alfarache*. *El Buscón* es concebido por Chevalier como «hazaña literaria, es monumento erigido a la agudeza» (p. 193) e insiste en que «debe mucho más a la literatura jocosa (o aguda) del siglo XVI que a Mateo Alemán o Mateo Luján» (p. 195).

Hemos saltado, intencionadamente, en este breve recorrido por la obra de Chevalier, el capítulo dedicado a la «jácara aguda» por suponerle un género desarrollado y de éxito en el siglo XVII cuyo fundamental precursor fue Francisco de Quevedo. Este género, que tanto debe a Quevedo, conoció un breve periodo de esplendor que fue debilitándose hasta desaparecer con más pena que gloria, pero antes de que esto ocurriera, las jácaras quevedianas dejaron importantes testimonios de su fama en escritos de Góngora, Arguijo, Quiñones de Benavente o Tirso de Molina, entre otros, que recuerdan al protagonista de la archiconocida «Carta de Escarramán a la Méndez» (como es bien sabido, conoció aun varias versiones vueltas a lo divino) o reproducen algunos versos de esta misma composición, al igual que sucede con las no menos conocidas jácaras «Zampuzado en un banasto» o «Añasco el de Talavera».

Ya para terminar, quiero hacer referencia al último capítulo que lleva por título «La supervivencia de los juegos de ingenio». Después de haber demostrado cómo la agudeza sufrió el menosprecio de la crítica posterior y con especial virulencia la del siglo XVIII, aclara que no se perdió tal y como era de esperar.

Chevalier culmina su trabajo con la siguiente afirmación: «No han desaparecido las figuras de la agudeza verbal, la agudeza no ha muerto: lo sabe cualquier aficionado a la lengua española» (p. 254). Los géneros jocosos cultivados en los siglos precedentes se mantienen vivos, prueba de ello es la tradición oral peninsular en la que encuentra paradigmas muy ilustrativos que resaltan coincidencias exactas.

La valiosa aportación de esta obra a la bibliografía quevediana reside en la gran variedad de fuentes que acarrea al estudio de la agudeza verbal en Quevedo, gracias al cual podemos constatar que la caricatura de la mujer fea realizada mediante el empleo de apodos, tan del gusto de Francisco de Quevedo, ya se documenta en el *Cancionero General* y en la *Comedia Serafina* (1525), o que varios de los apodos de *El Buscón* como «cerbatana» y «ánimas del Purgatorio» concuerdan con los utilizados por Francesillo de Zúñiga.

Y no sólo por esto la obra de Chevalier es fundamental: la visión panorámica que ofrece desde el origen de la agudeza verbal hasta su postrimería, junto a la rica diversidad de obras y autores en los que se ha apoyado para realizar este estudio, la convierten en imprescin-

dible y merecedora de figurar en cualquier biblioteca especializada en el Siglo de Oro español.

Isabel PÉREZ CUENCA

Fernández Mosquera, Santiago (coord.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, Consorcio de Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 1995, 329 pp.

La Universidad de Santiago conmemoró durante el curso 1995-96 su V Centenario, fecha -1995- que coincide además con el 350 aniversario de la muerte de Francisco de Quevedo. Dado el antiguo interés que el Departamento de Filología Española, Teoría de la Literatura y Lingüística General de esta Universidad guarda por los estudios quevedianos, el profesor Fernández Mosquera ha querido relacionar las dos celebraciones en la presentación de un volumen-homenaje titulado: *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*.

El libro, cuya reseña ofrecemos a continuación, se suma a una larga tradición investigadora que durante años ha ocupado artículos, ediciones, monografías y misceláneas como las ofrecidas por James Iffland (1980), Víctor García de la Concha (1982), *Edad de Oro* (XIII, 1994), *Letras de Deusto* (20, 1980)... No obstante, si el empeño no es nuevo, sí lo son los resultados, cuyo interés y rigor crítico sin duda harán de *Estudios sobre Quevedo* un lugar de referencia obligado para futuras investigaciones.

En el apartado introductorio, Fernández Mosquera presenta el homenaje y explica la relación que Quevedo guarda con la Universidad compostelana y «con el Apóstol, los peligros que corrió defendiendo su patronato y su posición como caballero de su Orden» (p. 8). A continuación especifica objetivos y criterios de selección, sintetizando los objetivos y principales líneas de desarrollo del volumen. Los trece ensayos restantes podrían ser estructurados en cuatro grandes bloques, atendiendo a la naturaleza del enfoque crítico y especialmente de los temas que se analizan. El primero de ellos, el bibliográfico, se inicia con un estudio de don José Manuel Blecua: «“Dando obediencia al tiempo en muerte fría...”. Más de medio siglo con Quevedo» (pp. 17-23). Al hilo de sus propios recuerdos, el profesor Blecua nos ofrece un